

Carlos F. Mc. Hale

¡Perdónalos, Gran Cervantes!

*¿No ha de haber un espíritu valiente?
¿Siempre se ha de callar lo que se piensa?
¿Nunca se ha de decir lo que se siente?*



CELEBRAMOS ahora el cuarto centenario de la venida al mundo del Príncipe de las letras españolas y nos parece muy oportuno decir cuatro verdades sobre lo que la posteridad hace con su nombre y con sus obras fuera de los países de su lengua, en especial en los de idioma inglés. Entre nosotros únicamente los eruditos tienen entera noticia de su personalidad literaria y firme en la cabeza lo que valen sus obras; en el extranjero, mucho menos, y en el vulgo hay una ignorancia que provoca la paciencia. Pero esto, después de todo, es natural; igual cosa ocurre entre nosotros con grandes autores extranjeros. Lo que no es natural es que se cometan injusticias. Vamos a ocuparnos en esta ocasión memorable de hacer ver algunas de las injusticias que con Cervantes se cometen en los pueblos de lengua inglesa, principalmente en esta tierra de todas las cosas grandes, incluso los grandes errores.

Si en «esa región ignora de cuyas fronteras no vuelve ningún viajero»—como su gran contemporáneo Shakespeare decía del más allá—, se sabe lo que sigue ocurriendo en este paradójico

mundo de los vivos, el espíritu de Cervantes tendrá motivos sobrados para lamentar su desdicha y estar quejoso de lo que con su nombre y su obra principal se hace en los países de habla inglesa. Pero si en este mundo no hay justicia para la mayor parte de los vivos, ¿cómo vamos a esperar que la haya para todos los muertos? ¡Pesia!, ya empiezo también a creer que pinta ciega a la Justicia para que no vea las iniquidades que se cometen en su nombre.

El sino quiso eternizar en el mismo año, el mismo mes y el mismo día—el 23 de abril de 1616—(a pesar de los diez días de diferencia que había en los calendarios), la partida de este mundo de los genios más ínclitos de las literaturas inglesa y española (Shakespeare y Cervantes); sin embargo, tanto el mundo de idioma inglés como el de lengua castellana con obstinación persisten en conmemorar en ese fatal 23 de abril únicamente a su propia gloria literaria, menospreciando lo que la asombrosa coincidencia nos enseña. ¡Oh criterio estrecho del humano entendimiento!

Los juicios que los hombres más preclaros han expresado sobre Cervantes y su labor literaria, tanto en Inglaterra como en este país, son inapelables por justos y razonables, pero muchos encargados de más humildes menesteres en el campo de la cultura (maestros, autores, periodistas, bibliotecarios, compiladores de obras de consulta, etc.), sacan a luz su saber para echar en las tinieblas el nombre de uno de los genios más dignos de ser recordados. ¿Cortedad de luces o largura de prejuicios? ¿O será que los prejuicios de interés echan más hondas raíces que los de ignorancia?

Tanto en Inglaterra como en los Estados Unidos se publican frecuentemente, con fines culturales, listas de las mejores obras literarias de todos los tiempos. Algunas de ellas no mencionan en el grupo de las novelas a la que con más derecho que otra alguna debe aparecer primero. El lector creerá tal vez que exagero o le doy tártago. ¡Ojalá fuera verdad! ¡Son listas de

seis, ocho o diez libros? No, las hay hasta de ciento que no incluyen a Don Quijote. Una de ellas fué confeccionada por Conan Doyle, el autor de Sherlock Holmes. A todos esos maxmordones les recordaría yo que Walter Raleigh dijo que El Quijote es «el más cuerdo y más espléndido libro del mundo» y Lord Macaulay que es «incomparablemente, la mejor novela que se ha escrito». ¡Perdónalos, gran Cervantes, que no saben lo que hacen!

Hay aquí y en Inglaterra una clase de libros que no existe entre nosotros: obras de consulta en las cuales podemos encontrar con gran facilidad lo que hombres famosos escribieron sobre asuntos determinados. (Yo vengo desde hace muchos años preparando una en castellano). Hay muchas de esas obras en inglés, algunas muy buenas. La más corriente no es la mejor, ni mucho menos, pero es muy usada porque tiene buen índice analítico. Me refiero a la de John Bartlett. El que se sirve de una obra de esta clase (en ésta aparecen las citas clasificadas por autor) juzga a los escritores, y ello es muy natural, por lo que de ellos encuentra entre las tapas, suponiendo, claro está, que nada sepa de él.

Es difícil comprender el criterio con que el compilador sacó de una pésima traducción de El Quijote lo que en este libro encontramos. El lector que sabe que de Cervantes se pueden citar por centenares hermosos y profundos pensamientos, llenos de sabiduría, sentimiento y delicadeza, y humor, tiene que sorprenderse al ver en las páginas que se le dedican unos pocos que ofrecen interés y que aparecen perdidos en medio de un mar de insulseces. Como no quiero engendrar tedio en el lector, copiaré solamente unos pocos para darle una idea de cómo dejan a Cervantes en esa obra. Los tomo de la página 1034 y doy la traducción literal. «Gracias por nada».—«Darle al diablo su merecido».—«Es tan evidente como la nariz de un hombre».—«Un celemín de desventuras».—«Es lo largo y lo corto».—«Le pagó en su propia moneda».—«Campana, libro y vela».

El paciente lector se ha sorprendido, ya lo veo, de esta enormidad. Pues bien, sosténgase en algo ahora para no caer aturdido al leer lo que le voy a decir: Cervantes no escribió, ni en palabras ni en idea, nada semejante a lo que dejo apuntado, y muchas otras frases que en la citada y siguientes páginas se estampan, traducidas al castellano, las buscaríamos inútilmente en la parte correspondiente del texto español, que allí se indica. (En cada caso se apunta parte y capítulo). En otros términos, no sólo se le cuelgan a Cervantes cosas que no dijo, sino que de la traducción se han tomado muchas trivialidades que no pueden dar idea del alto valor que tiene en nuestras letras. ¡Perdona, gran Cervantes, a los compiladores!

¿No es verdad que todo esto es grave? Sin embargo nunca se ha dicho nada. En Inglaterra y aquí se ufanan diciendo que la traducción de la primera parte se hizo antes de 1616 y que ya se han hecho más de 300 ediciones inglesas. La verdad es que Cervantes, que fué tan desgraciado entre los españoles en esta vida, ha sido desgraciado por la gente de lengua inglesa en la otra. ¡Oh suerte cruel!

Nuestra indignación, sin embargo, es causada por una sinrazón mayor aún. En otras palabras, no he dicho todavía lo peor. Lo más lamentable es que el público conoce aquí a Don Quijote a través de la versión que con más frecuencia se le pone por delante, traducción que es una verdadera traición. Nunca fué más aplicable el refrán italiano «traductori, traditori».

De cada cuatro ediciones que se hacen, por lo menos tres son de una malhadada versión hecha en Londres a principios del siglo XVIII por un francés llamado Pierre Motteux que por allá había llegado a fines del siglo anterior. Se dedicó al comercio y a trabajos de traducción. Primero vertió al inglés Gargantúa et Pantagruel, y después creyó que podía habérselas con Don Quijote, como si para él hubiese sido lo mismo traducir a Cervantes que a Rabelais. Es más que posible que él no hiciese todo

el trabajo, pero fué el editor responsable y la traducción lleva su nombre.

No se contentó Motteux con parafrasear excesivamente y hacer una traducción demasiado libre, sino que omitió aquí y allí frases, expresiones y conceptos que no comprendía, permitiéndose también agregar acá y acullá cositas de su cosecha. El total nos amarga la lengua y conmueve las entrañas. Y hay aún algo mucho peor: se desvirtúa allí la calidad de los personajes y a tal extremo, que de los dos principales vemos una despreciable caricatura.

Y ésta es, lector amigo, la versión más leída en inglés, porque de ella se hacen muchas ediciones, con preferencia a las más recientes y concienzudas. Sólo en seis años (1941-1946) y aquí en Nueva York, han aparecido de ella dos ediciones costosamente ilustradas. También deben de creer que gastando dinero en las ilustraciones—y en este terreno también hay algo que decir—, queda todo arreglado.

¿Y por qué se prefiere la traducción de un trapacista, de un deshonorabuenos, de un culebrón, de un espantagustos, de un camásquinco? Porque todo eso es el pobre Motteux. No he querido insultarlo (porque ya no puede defenderse) y por eso busco términos inofensivos. Como tengo alta consideración por el paciente lector, debo prevenirlo otra vez y pedirle que se apoye en algo: porque (así piensan los que hacen nuevas ediciones) es la que tiene más viveza, más brío, brío y viveza dados por el traductor. ¡Oh cielos! ¡Prestadme tempestades vuestro rugir violento!

Las casas editoras que la prefieren saben que hay otras traducciones mucho mejores, pero las encuentran demasiado serias, los personajes demasiado sedentarios; saben que en ellas se respeta el texto original y tratan de interpretar lo mejor posible el pensamiento del autor, pero consideran que no tienen la fogosidad, la vehemencia que ven en la de Motteux. En el prólogo (p. VIII) de una edición hecha hace años en Londres por G.

Bell and Sons, dice uno de los señores Bell que prefirieron la versión de Motteux porque hay en ella «un rasgo o toque de genio original» («a touch of original genius»). ¡Mil rayos lo partan! Y la labor demoledora de Motteux es alabada en todas partes. En el artículo que al traductor, quiero decir traidor, dedica la Encyclopedia Británica se dice que es «one of the most masterly and spirited translations in English». ¡Oh cielos! ¡Dos mil rayos!

Total: que aquí, en Inglaterra y en todas partes de la misma lengua, excepción hecha de los eruditos, de los que han podido leer el original (bien pocos han de ser) y de quienes hayan tenido la suerte de poseer alguna de las mejores traducciones, el público lector en general no ha podido todavía—a pesar de las 300 ediciones y de haber transcurrido tres siglos y un tercio desde que se hizo la primera—como los que sentimos y pensamos en castellano, reír y llorar, admirar y revivir, aprender y cavilar, teniendo entre las manos el sin igual libro del cual Lord Byron dijo: «Ante el placer de leer a Don Quijote en la lengua original, todos los demás placeres palidecen».

¿Y qué pueden las pobres fuerzas de un hombre para deshacer tantos entuertos y sinrazones? Un ejército es necesario que clame al cielo y se haga pregonero de la verdad. No sólo no se conoce a Cervantes en los países de lengua inglesa, sino que se le resta fama, no se reconoce su talla literaria, se le vilipendia, y su obra maestra es generalmente desfigurada y pervertida.

Gran Cervantes: es más difícil, si cabe, en esta época que en tu tiempo hacer que las acciones y manejos de los hombres se ajusten a la verdad y la razón. Los asuntos humanos están más embrollados que nunca y es muy difícil conseguir justicia para los de acá, cuanto más para los de allá. Pero ten un poco más de paciencia, ya que la has tenido durante más de tres siglos. La gente que habla inglés es buena. La de aquí sabe que en muchas cosas el error precede a la verdad, y que es preferible que vaya primero que último. Así pues, yo creo que esto tiene arreglo. Es cuestión de tiempo y paciencia. La gente es buena y comprende

sus errores. Yo creo que día llegará—si antes no hacen los hombres estallar el planeta en que viviste con un arma muy peligrosa y terrible con que ahora están jugando—día llegará, digo, en que tu nombre, tu fama y Don Quijote estén a la altura que merecen en todos los países que hablan la lengua de tu gran contemporáneo Shakespeare.

Nueva York, 30 de septiembre de 1947.